

Precio 15 cts.

Reproducción

Tomó III, No. 59.—21 de Abril de 1921

Director:

Elías Jiménez Rojas

San José, Costa Rica.

Apartado 230

SUMARIO

1. El Magisterio en los Estados Unidos.
2. Miscelánea.

Administración Botica La Dolorosa.

Venta por menor: Librería Tormo, Avenida Central, frente al Banco Mercantil.

Imprenta Crejos Hnos.

Apartado R R

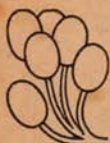
Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelería



Trejos Hnos.

Participaciones
de matrimonio

Invitaciones

Libros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques & Recibos

Calonarios

Libros en blanco

Tarjetas

Menús, etc., etc.



Cumplimiento
en la entrega
de trabajos.

REPRODUCCION

Tomo III.—No. 59.—21 de Abril de 1921

El Magisterio en los Estados Unidos

Se ha hecho tan general en los últimos tiempos, tanto en la prensa como en discursos públicos, cantar las alabanzas del sistema escolar norteamericano, que parece conveniente para información de los interesados decir siquiera una vez la verdad acerca de la pedagogía como profesión en los Estados Unidos. Todos los hechos que sometemos a consideración en el presente artículo son conocidos de los directores de educación penetrados del asunto, pero no del público en general. Estos hechos se han publicado en tesis doctorales, en revistas educadoras y en libros leídos únicamente por los contados maestros cuya actitud es verdaderamente profesional con respecto a la pedagogía y a la educación.

El hombre de negocios, el agricultor y el legislador han concedido su entera aprobación al sistema actual, han confiado sus hijos a las escuelas conforme son, y han creído que estas escuelas están haciendo por sus hijos cuanto pudiera hacer cualquier otro sistema de educación. Pero los investigadores diligentes del campo escolar no se muestran tan satisfechos.

Bajo las condiciones educativas existentes en la nación, las escuelas funcionan con éxito notable; pero la exacta verdad en cuanto a la profesión del magisterio en los Estados Unidos puede resumirse en dos palabras: no existe. Hay algunos pedagogos de profesión, muy pocos, que han estudiado a conciencia la labor que desempeñan, que han decidido seguir su profesión permanentemente y que se mantienen a la altura de los adelantos y progresos de la ciencia pedagógica. No todos ellos se encuentran en las «altas» instituciones docentes. Pero hay que convenir en que no constituyen legión.

En la actual época de peligro, la atención del público está fija en las

escuelas, esperando de allí la salvación del porvenir. Todos están ansiosos de tener la certidumbre de que en las escuelas se cultiva la sensatez, la constancia, el criterio elevado, el respeto por los derechos y opiniones ajenas, el derecho de propiedad, la honradez, la moralidad, el amor patrio, la equidad: principios todos y cualidades que se supone poseer el pueblo norteamericano, y que se desea sigan constituyendo rasgos característicos norteamericanos a despecho del caos que la guerra ha producido y en el cual estamos hundiéndonos sin discreción alguna al parecer. El espectáculo de las industrias y la propiedad implorando de las escuelas la salvación contra la oleada creciente del bolchevismo que amenaza arrollar al mundo, sería cómico si no fuera tan desesperadamente trágico. La escuela en que fundan sus esperanzas está sintetizada necesariamente en los maestros. Y ¿quiénes son los maestros? No se trata de las excepciones, de las lumbreras; pero ¿quiénes componen el vasto cuerpo del magisterio en los Estados Unidos?

En primer lugar, su número alcanza a 650.000 individuos. Por término medio, entre cada ciento cincuenta personas una se dedica a la enseñanza. En cuanto al sexo, 130.000 son hombres, y 520.000 son mujeres. En cuanto a la edad, la mitad de unos y otras frisa entre veintiuno, ventidós y veintitrés años; y gran número de estos futuros salvadores de la nación cuenta de dieciocho a veintiún años. Por lo que toca a preparación para sus labores, los maestros de primera enseñanza, aquellos que aparte de la familia y la sociedad forman en realidad el carácter de la gran masa de niños de escuela, han recibido por término medio sólo cuatro años de instrucción superior al grado elemental, cuatro años más de experiencia sobre aquellos a quienes deben guiar; ascendiendo a varios miles el número inquietante de los que no han pasado del octavo grado. Con respecto a la duración de sus servicios profesionales, en los hombres se extiende por lo regular a siete, y en las mujeres a tres o cuatro años. Casi una tercera parte de los maestros de escuela han

entrado por primera vez en funciones este año escolar; y el próximo tendremos otra tercera parte de pedagogos noveles.

Estas cifras no responden a apreciaciones vagas. Son datos estadísticos tomados del informe del comisionado de educación y de las extensas y prolijas investigaciones de quienes contemplan alarmados la condición actual de nuestras escuelas.

Hace un siglo, escuelas y maestros de esta clase podían ser suficientes para las necesidades de la nación. Cada comunidad representaba entonces una unidad social más o menos independiente. Se luchaba para conquistar el desierto. Era lucha contra obstáculos materiales, para obtener combustible y abrigo, ropa y alimento. No existían problemas sociales complejos. Las escuelas impartían a sus alumnos el conocimiento necesario para la vida en aquel tiempo: leer, escribir y «contar». No son tales las necesidades a que han de responder las escuelas de hoy. Constituyen únicamente el instrumento mediante el cual los niños adquieren su educación. Es importante, sin embargo,

que estas materias se enseñen bien, *mejor aún que en épocas pasadas*; pero el gran problema de las escuelas del día es preparar a los niños de manera que lleguen a convertirse en unidades capaces y eficientes del compuesto social que llamamos civilización. Si la escuela está destinada a salvar la Nación del terror rojo que pretende destruir una civilización para levantar otra sobre sus ruinas en el espacio de una noche, los maestros necesitan poseer una base sólida, moral e intelectual. Necesitan conocer a fondo la historia de la raza en su lucha por el progreso, y cómo adquirió sabiduría a fuerza de errores y sufrimientos; y DEBEN MIRAR ADELANTE Y HACIA LO ALTO PARA ALCANZAR PERSPECTIVA QUE LES PERMITA VER LAS COSAS CONFORME SON A LA LUZ MERIDIANA Y NO A TRAVÉS DEL HALO AZUL DE UN IDEALISMO QUE DESDEÑA EL FONDO Y LOS FUNDAMENTOS.

A decir verdad, no tenemos magisterio profesional en los Estados Unidos. Ninguna otra carrera cuyo término medio de preparación alcanzara solamente cuatro años más allá del octavo grado, y en la cual muchos de los

llamados a desempeñarla carecieran aun de este requisito, pretendería llamarse profesión. De otro lado, ni hombres ni mujeres se preparan en forma profesional cuando sólo esperan seguir una carrera durante tres años y medio, por término general. La preparación reglamentaria para la jurisprudencia, la medicina, la arquitectura o la ingeniería es de ocho años después del octavo grado. Los individuos que se educan para tales profesiones esperan seguir toda su vida la carrera elegida. *El público no confía su salud, sus controversias, sus construcciones ni sus empresas de ingeniería a jóvenes de dieciocho años; pero confía a la inexperiencia de la juventud algo mucho más importante: la educación de la nueva generación de ciudadanos de una república.* Y los que asumen responsabilidad tan tremenda reciben gajes iguales a los que se paga a los mozos de bodegón y a los mecánicos de las cocinas de gas. Quizá sus servicios no merecen sueldo mayor. ¡Convenido! En muchos casos se paga con exceso a maestros incompetentes. Cualquier sueldo es excesivo para un ente inepto que sólo sirve de rémora

en una escuela; pero el sueldo, tanto del inepto como de la perla de gran precio, es menos de la mitad de lo que gana un acarreador de ladrillos.

Cualquier influencia que la escuela esté destinada a ejercer sobre las masas, debe tener efecto antes de que el niño llegue a los catorce años. Y durante el período decisivo que precede a los catorce años es cuando los niños son enseñados por muchachas sin experiencia, escasamente preparadas y escasamente pagadas.

No es ésta, sin embargo, la parte más sombría del cuadro. Si bien cierto número de maestros está por encima de este promedio abrumador, consideremos el número igual o mayor que se halla en condiciones todavía inferiores. Si bien el término medio de preparación se extiende a cuatro años después del octavo grado, existen aproximadamente 300.000 maestros que sólo cuentan tres, dos, uno y aun ningún año de educación superior a la que ofrece el octavo grado. Si la edad es veintidós o veintitrés años, por término medio, ¿cuántos preceptores necesitan ser de diecisiete, dieciocho, diecinueve o

veinte años para mantener el promedio en veintidós o veintitrés años? Si el período aproximado de enseñanza para los maestros norteamericanos es de tres años y medio, ¿cuántos habrá que sólo ejerzan la profesión durante seis, siete, ocho o nueve meses?

Las cifras no revelan la verdadera situación. Hay circunstancias que las cifras no dejan siquiera sospechar. El término medio de preparación es de cuatro años después del octavo grado. ¿Cuál es la naturaleza de esta preparación? Aproximadamente un doce por ciento de los futuros maestros siguen, terminado el octavo grado, un curso en las escuelas normales que se extiende por un período de dos o tres años. Este curso, casi enteramente especulativo y que requiere para seguirlo la graduación en el octavo grado, trata de los ramos que han de enseñarse por regla general, caracterizando la instrucción en tales materias un conocimiento vago y superficial de los métodos y plan de enseñanza, una ligera tintura de psicología general ni aun remotamente enlazada con los procedimientos pedagógicos, cierto cono-

cimiento inútil de la historia de la educación que, puntualizando los errores del pasado, no señala derroteros adecuados para el presente, y un compendio paradójico sobre métodos profesionales y científicos, llamado «teoría y práctica de la educación».

Otro pequeño número se instruye en materias académicas en las universidades, pero sin seguir un curso de pedagogía profesional.

Consideremos ahora aquellos que han seguido el curso acostumbrado de cuatro años en las escuelas superiores de los Estados Unidos, después de terminado el curso de la escuela primaria. Constituyen este curso cuatro años de latín, tres o cuatro de inglés, tres años de ciencias, dos de historia, dos de matemáticas y tal vez dos años de algún idioma moderno. Hay algunas ligeras variaciones, y en ciertos casos se han hecho tentativas en el sentido de que las materias tratadas tuvieran alguna utilidad práctica además de su valor como ejercicio mental; mas, por lo general, el latín no produce la más leve chispa de apreciación de la literatura latina en quienes siguen este

curso, ni hace aprender en cuatro años la mitad de lo que se aprendería en seis meses de estudio en una clase especial de etimología inglesa. El curso de inglés no procura generalmente a los alumnos la ciencia del estilo; y parece olvidarse, en el estudio del desarrollo de la literatura, que el objeto principal de los estudios literarios para jóvenes debe ser la apreciación. Quizá las ciencias, la historia y las matemáticas se enseñan algo mejor; pero los idiomas modernos, por lo general, llevan la peor parte. Muy pocas escuelas superiores enseñan a sus alumnos a leer, escribir y hablar un idioma extranjero lo bastante bien para que les sea de alguna utilidad.

Todo esto significa que aun los cuatro años de instrucción que la generalidad de los maestros adquieren después del curso de la escuela primaria, es inútil en su mayor parte, desde el punto de vista profesional.

¿A qué razón obedece que los maestros dediquen tan corto tiempo a prepararse para la enseñanza y se contrai-gan durante período tan breve a su carrera, que la pedagogía no pueda

calificarse de profesión, ni aun por exceso de cortesía? La respuesta implica una condición de la educación y dos o tres condiciones sociales. En una palabra, el número de escuelas profesionales que respondan al propósito de preparar científicamente a los maestros, es tan reducido, que basta apenas para instruir a *la décima parte* de los pedagogos que se necesitan anualmente.

Segundo tema de consideración es el motivo que impulsa a los jóvenes de ambos sexos a elegir la carrera de la pedagogía. Por cada muchacho, hay cuatro muchachas que se dedican a esta profesión. Los hombres sienten la atracción de otras carreras que les ofrecen mejores oportunidades de labor proficua, ocupación más en armonía con sus inclinaciones, trabajo permanente, sueldo mayor, rápido ascenso en caso de éxito, y campo más ancho de ingresos durante el período de aprendizaje hasta encontrarse en posesión de la técnica de la profesión. Cuando se resuelven a enseñar, la mayor parte de estos jóvenes piensan solamente en tomar una carrera que no exige preparación larga ni costosa: a la verdad,

hacerse maestro requiere menos tiempo y menor preparación que hacerse albañil. En esta ocupación provisional piensan proveerse de los fondos suficientes para dedicarse al estudio de alguna otra profesión en que no es posible ganar dinero hasta después de haber adquirido el conocimiento profesional.

En cuanto a las mujeres, en su mayor parte, se dedican a la pedagogía con la honrada intención de consagrar a esta labor un número considerable de años. Hasta hace poco la enseñanza ofrecía a las jóvenes un trabajo tan bien retribuido como cualquier otro de los que tenían a su alcance. Es una ocupación honorable y atrae por naturaleza a la mujer a causa de su amor instintivo por los niños. Casi todas las muchachas acarician, abierta o secretamente, la esperanza de que dentro de un tiempo razonable llegarán a casarse, abandonando entonces la escuela para convertirse en esposas y madres y atender a su propio hogar. Algunas aceptan francamente la enseñanza como medio de adquirir el dinero necesario para su ajuar de boda, y no piensan enseñar un día más de lo es-

strictamente indispensable para sus propósitos. En otros casos, el joven con quien esperan casarse no puede pensar seriamente en el matrimonio hasta que haya tenido éxito en su profesión o en sus negocios: las muchachas enseñan hasta que los hombres estén en condición de sostener los gastos del matrimonio. Esto explica el hecho de que dos séptimas partes de las escuelas tengan cada año maestros noveles, principalmente mujeres, que enseñan por primera vez, y que igualmente dos séptimas partes de los maestros abandonen su carrera cada año para casarse o emprender cualquier otra clase de labor.

Bueno es tener conocimiento de estos hechos cuando se recurre a las escuelas pidiéndoles realizar una labor educadora de alta significación o inculcar tales o cuales principios en las mentes infantiles. Teniendo en cuenta la juventud, la escasa preparación y la falta de experiencia de la gran masa del personal docente de los Estados Unidos, es poco menos que maravillosa la tarea realizada al educar la sana generación de hombres y mujeres que tan estupenda labor desempeñaron du-

rante la última guerra. La ayuda que prestaron las escuelas sosteniendo desde sus planteles la segunda línea de defensa ha sido admirable y merece ser reconocida amplia y generosamente. Pero cuando las grandes industrias, que representan el capital, esperan que los maestros se hagan representantes de la conciencia de clase e inculquen a los niños la inviolabilidad de los negocios y del capital, fundan gratas expectativas sobre base muy incierta. Sus informes acerca del personal de la fuerza docente son equivocados. Ignoran cuán joven, cuán inexperimentada, es la gran masa de los maestros. Los jóvenes no se inclinan a mirar como inviolable el orden actual de las cosas. Sus simpatías se dirigen naturalmente al cambio, a un programa de evolución. Y si los maestros simpatizaran con alguna de las clases antagónicas, sería lógicamente con aquella que significara innovación y no con la que considera satisfactorio el actual estado de cosas.

El magisterio se recluta principalmente entre la clase pobre, y con harta frecuencia entre familias extranjeras que aún no se han asimilado por com-

pleto al país. Las hijas de familias acomodadas no enseñan. Los hijos, cuyos padres se hallan en condiciones de abrirles una carrera comercial o proporcionarles cuatro años de instrucción universitaria, eligen profesión distinta de la pedagogía o se dedican a los negocios. La mayor parte de los maestros se ven obligados a dedicarse a enseñar lo más pronto posible por la necesidad de sostenerse y ayudar a su familia. La mayor parte son pobres y pertenecen a familias pobres. Por razón natural sus simpatías están del lado de la clase obrera en cualquiera controversia entre el trabajo y el capital.

Hasta aquí sólo hemos considerado los defectos de la enseñanza. Hemos tratado de señalar los puntos en que la pedagogía se halla a nivel inferior profesional; pero ésto sólo representa la mitad de la tarea. Es indispensable proponer algo constructivo. ¿Qué debe hacerse, dentro de la esfera de la posibilidad, para convertir el magisterio en una verdadera profesión de cuya eficacia se obtengan los satisfactorios resultados que pueden esperarse de las escuelas públicas?

Como hemos visto, la principal deficiencia de la institución consiste en la falta de una norma definida de instrucción profesional. En el terreno de la teoría de la educación hay muchas cosas que el futuro maestro necesita conocer, además del simple método de enseñanza. Hay problemas apenas sospechados acerca de los fines educativos, del respectivo valor que asumen en la educación los diferentes estudios escolares, de la disposición de cursos y programas, de las pruebas para medir la inteligencia y los resultados de la enseñanza.

Naturalmente, el problema fundamental del maestro es acostumbrar a los niños a pensar, a comprender las ideas expresadas en la página impresa, y a manifestar sus propias ideas en forma simple y exacta, ya sea de palabra o por escrito. Las ideas son el instrumento a favor del cual se educan los niños, tanto dentro como fuera de los muros de la escuela. Puesto que la mitad de los niños abandona la escuela antes de completar el séptimo grado, es imperativo que estos niños, destinados a votar y a convertirse en

ciudadanos dentro de otros siete años, dominen el manejo de tales instrumentos. Pero el sexto grado no basta a todos los niños para adquirir este conocimiento. La mayor parte no lo adquiere a causa de la deficiencia de la enseñanza.

La condición esencial es, pues, adecuada preparación para el magisterio. Debemos abandonar la idea de que es suficiente el conocimiento de las materias que se hayan de enseñar. Es indudable que los maestros deben tener a este respecto conocimientos más profundos de los que ofrece el estudio de los superficiales libros de texto usados al presente en nuestras escuelas; pero deben saber además algo de la biología aplicada a la educación, especialmente las condiciones biológicas implicadas en la herencia y la diferencia de sexo. Deben estar al tanto de los conocimientos actuales acerca de la higienización de las viviendas y locales escolares, de la transmisión y medios de prevenir enfermedades infecciosas y contagiosas, de la influencia mental o física que el hogar y el medio ejercen sobre el niño; acerca del cui-

dado de los ojos y oídos, del proceso intelectual de los niños, de las diferencias mentales entre ambos sexos, así como de las diferencias individuales; acerca de las impresiones psíquicas de los adolescentes, y acerca de muchas otras fases psicológicas vitales de la vida infantil que en la actualidad no conocen ni de nombre la mayor parte de aquellos que se dedican a la enseñanza.

Cuando la nación pide a las escuelas que enseñen a los niños la obediencia a la ley y el respeto por los ideales norteamericanos, debería recordar que la mitad de los maestros mismos no tienen concepto cabal de los principios que la nación sostiene, ni de lo que implican la justicia y el criterio equilibrado cívicos.

La segunda condición es la garantía de estabilidad. Los hombres que se dedican al magisterio deben estar convencidos de que ésta es una noble y respetada profesión, capaz de dar expansión a los mejores sentimientos humanos y de recompensar ampliamente los servicios que se le consagren. Las mujeres que se proponen enseñar deben

mirar su carrera como vitalicia. Al presente, la mujer, o bien se prepara superficialmente para una enseñanza a que piensa dedicarse tan sólo uno o dos años hasta contraer matrimonio, o se cree obligada a abandonar toda esperanza de casarse, de tener un hogar e hijos, para convertirse en permanente maestra profesional.

El magisterio no debe representar para la mujer el equivalente del velo monjil. No hay razón alguna plausible por la que una mujer casada no pueda enseñar. Si hubiere recibido instrucción profesional, constituiría una pérdida económica el permitir que abandonara la pedagogía por haberse casado. El costo de su educación profesional resultaría mejor inversión estimulándola a continuar su labor, que interrumpiría únicamente el tiempo necesario antes y después del nacimiento de cada hijo para atender a sus deberes maternos. Durante estos períodos, su sueldo de servicio activo podría reducirse a la mitad o algo aproximado.

La actitud de cortés tolerancia o de abierto desdén asumida por el próspero hombre de negocios con respecto

al pedagogo, y el sueldo de mozo de oficina asignado a los maestros, han retraído del magisterio a hombres de eminentes cualidades. El matrimonio ha separado de esta carrera a las mujeres tan pronto como era posible que se educaran superficialmente nuevas muchachas para llenar las vacantes. Todo esto es perjudicial. *Debería haber tantos maestros como maestras; y todos, unos y otras, recibir instrucción profesional y convertirse en miembros permanentes de una institución altamente respetable.*

Lejos de aproximarnos a condición tan satisfactoria, vemos que el número de maestros decrece: no hay suficientes para atender a las escuelas. El último informe de la comisión de la National Education Association que estudia los sueldos en el magisterio, llama la atención sobre el hecho de que el magisterio no atrae suficiente número de postulantes para desempeñar todos los puestos pedagógicos. De los 650.000 puestos de maestros asignados para las escuelas de los Estados Unidos, 39.000 están vacantes, y 65.000 están desempeñados por maestros que apenas

responden a la deficiente norma de preparación que tenemos en vigencia. Estos 65.000 jóvenes de ambos sexos carecen de la capacidad mental o de la instrucción suficiente para pasar el superficial examen sobre materias elementales, que se requiere para obtener el diploma de maestro de segundo o tercer grado. Ciento cincuenta mil aulas carecen de maestros o tienen un personal cuya eficiencia, natural o adquirida, está muy por debajo de la norma actual que apenas si podría llamarse eficiencia. *Una sexta parte de los niños de la nación no asisten a la escuela o asisten a alguna que sólo tiene el nombre de escuela.* Una décimosexta parte de los niños carecen en absoluto de maestros, porque las escuelas están cerradas. Las que están en funcionamiento se hallan servidas en gran parte por jóvenes, mujeres principalmente, menores de veintiún años. Durante el último año, el número de maestros de esta clase ha aumentado en un veinticinco por ciento.

Las perspectivas para el año próximo y el siguiente no son más halagadoras. Si bien las universidades están

ahora atestadas de individuos cuyo ingreso se retrasó uno o dos años por la guerra; si bien se han matriculado estudiantes que bajo condiciones normales habrían ingresado en 1917, 1918 y 1919, ninguno ha tomado el curso de pedagogía. Tampoco hay muchas mujeres que hayan tomado este curso. *La University of Illinois, aparte de sus escuelas médica y dental, cuenta 7.104 estudiantes. Sólo setenta y nueve de éstos siguen los cursos mayores o de significación profesional, a pesar de que su departamento de educación es uno de los mejores en el país.* Desde 1916 el número de graduados en las escuelas normales y colegios de pedagogía ha disminuído en una tercera parte. Este año el número total de estudiantes en aquellas escuelas es menor que el año pasado, a pesar de hallarnos entonces en condiciones de guerra; y el año pasado fué el peor de los que consigna la historia de las escuelas de pedagogía. *A menos que la nación adopte medidas inmediatas para hacer del magisterio una profesión, el sistema escolar de los Estados Unidos está expuesto a derrumbarse por falta de maestros.* No se trata

de un peligro remoto: la amenaza es inmediata. La institución escolar se aproxima al fracaso.

Los maestros deben recibir sueldos suficientemente liberales para permitirles vivir al nivel social y de ilustración de las familias cuyos niños educan. Tienen derecho a esperar una renta que les permita vivir con holgura y economizar algún dinero para las épocas de enfermedad, falta de empleo y ancianidad.

Esta retribución liberal no debe, por otra parte, concederse de golpe ni indistintamente. Probablemente existen en el país tantos maestros con sueldo excesivo como con retribución insuficiente. Los sueldos profesionales deben asignarse a maestros profesionales; los aprendices deben recibir tan sólo sueldos de aprendices. Los jóvenes con escasa preparación, los ineptos que cuentan años de labor incompetente, están hoy hartos bien pagados; pero los maestros de alta mentalidad, los maestros bien preparados y con aptitudes naturales para el magisterio, deberían gozar de una retribución tal que hiciera comprender a los jóvenes inte-

ligentes de ambos sexos que el estudio de la pedagogía es una verdadera profesión, con normas profesionales y remuneración profesional comparable a la que ofrecen la jurisprudencia y la medicina.

Urge luego formular un comprensivo plan nacional para la preparación pedagógica y para los diplomas otorgados a los maestros, semejante al que ahora se encuentra en vigencia en Francia.

Cuando los Estados Unidos adopten este programa y sus 650,000 escuelas se hallen bajo la dirección de maestros con instrucción profesional, podrán confiadamente acudir a las escuelas para que enseñen la moderación, el derecho de propiedad, la rectitud moral y un programa de espíritu nacional fundado en la cooperación democrática de las industrias. La nación podrá entonces esperar confiadamente en que las escuelas constituyan una barrera infranqueable contra el radicalismo importado que escarnece las duras lecciones de civilización por que el mundo ha atravesado en la lucha de las edades. Entonces podrá ra-

zonablemente la nación acudir a las escuelas en solicitud de luz y de-
rroteros.

E. A. CROSS

De *Inter-América*, abreviado.

E. A. CROSS recibió educación universitaria en la University of Illinois y en la University of Chicago; es el decano de los catedráticos en el Colorado State Teachers College y profesor de literatura e inglés en la misma institución; autor de dos obras: *The Short Story* y *Story Telling for Grade Teachers*; y ha colaborado con artículos e historietas en las principales revistas y publicaciones literarias y educativas.

I. A.

Miscelánea

Pequeña respuesta

¿Puede úno portarse bien sin ninguna religión?

—No puede, respondo, si Ud. da a la palabra religión su sentido propiamente general o filosófico.

—¿Qué es, pues, religión?

—Todo lo que establece una relación o LAZO entre la vida de hoy y la vida de mañana. Es religioso quien

creo que cada acción acarrea indefectiblemente *un bien o un mal*, tarde o temprano.

—¿Indefectiblemente? ¿Y el *perdón de los pecados*?

--El perdón de los pecados sería la negación de la religión (o *de la justicia eterna, si Ud. prefiere*).

—Entonces ¿qué recurso le queda al pecador?

—El de procurar poner a su haber *buenas acciones*, para que la liquidación resulte favorable.

—¿Pero cuál es el criterio que permite distinguir a priori una acción buena de una mala?

—Ahí está el nudo de la cuestión. Los positivistas pensamos que dicho criterio se establece *experimentalmente*, dando a la palabra «*experiencia*» su sentido general. En otros términos, para nosotros la moral es una ciencia del carácter de la *higiene*.

—¡Admitido! Me paso al terreno mismo de la *higiene*, a fin de plantear en él la cuestión primordial, aquella por donde habríase siempre de comenzar. Dando por bien sentada una teoría del alcoholismo, por ejemplo, pre-

gunto: ¿Puede úno acatarla *libremente*?
¿No hay *religión* fisiológica, o sea una *determinación* actual-obra del medio-o hereditaria-consecuencia de lo que se haya hecho un rato antes, un año antes, o en la vida anterior-la de los progenitores-?

—La determinación es innegable, es evidente. Lo que no puede hacerse hoy sin salir del campo propio del positivismo, es la demarcación de dicho eslabonamiento. En todo caso, volviendo al ejemplo de Ud., el higienista le responderá con firmeza: Desde el punto de vista de mis preocupaciones, LA PRIMERA REGLA DE SALUD, enseñada por la experiencia en todos los tiempos y lugares, ES CREERSE LIBRE: tener confianza en sí mismo.

El positivista, ya cultive la física o las matemáticas, antes que el determinismo admite la libertad. La admite por herencia y por razonamiento, y LA ADMITE MÁS QUE NADIE. De otro modo, no cultivaría pensosamente ni la física ni las matemáticas, saldría del laboratorio y se abandonaría a «los desig-nios de la Providencia» o al «engranaje fatal del Universo.»

* *
*

La institución escolar se aproxima al fracaso, dice el profesor Cross, refiriéndose a los Estados Unidos. ¿Qué podríamos decir nosotros en Costa-Rica? A las causas señaladas por Cross se suma aquí la centralización realizada por don Mauro Fernández. Mientras la situación de los maestros dependa del poder político militar, el magisterio no podrá llegar a ser una profesión liberal, por mucho que se mejoren los sueldos y la preparación pedagógica.

* *
*

Cada día encuentro nuevas razones para mantenerme en mi anti-estatismo. Ahí está hoy el escándalo del asilo de leprosos. Después de lo ocurrido al Dr. Rojas, ¿habrá en adelante un médico serio y competente que se atreva a aceptar la dirección de ese establecimiento?

Por todas partes, trátase de escuelas, de hospitales, de ferrocarriles, de cualquier suerte de obras públicas, la acción del Estado, cuando se mete a dirigir, es siempre la misma: una *selección al revés*: los más aptos son eliminados a ojos vistas, y las obras resultan cada vez peores y más costosas: exactamente lo opuesto de lo producido por la libre concurrencia, en unos casos, y por la simple iniciativa privada, en otros. Frente al Asilo de leprosos, cabe citar el Hospicio de Incurables, como ejemplo de lo que puede esta iniciativa, mediante recursos particulares o con *subvenciones* nacionales o municipales.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS